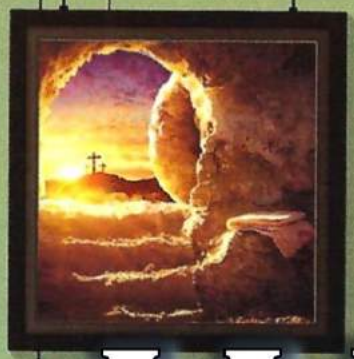
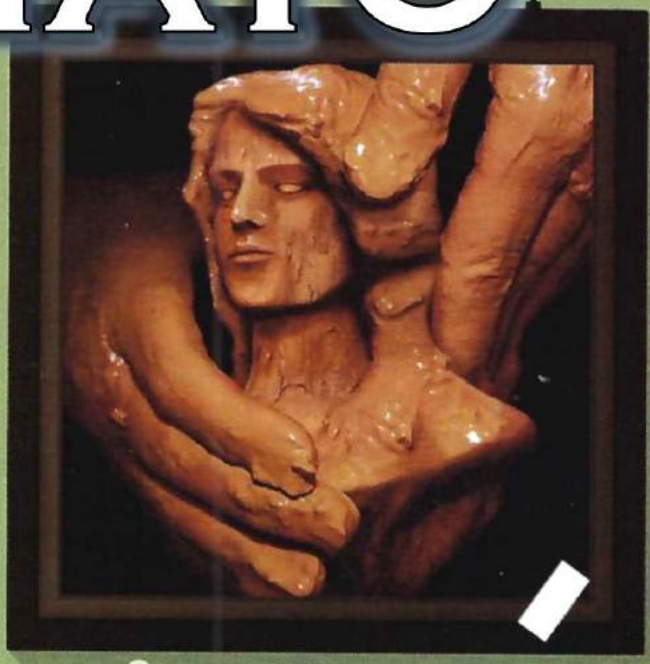
ROBERTO HERRERA



MAYO



LECTURAS DEVOCIONALES PARA ADULTOS

ASÍ ES DIOS

RETRATOS DE LA GRACIA Y EL AMOR DIVINOS

https://vidakristiana.blogspot.com/

1° de mayo

Dios: única fuente de vida

«En ti está la fuente de la vida»
(Salmo 36: 9, NVI).

La Biblia retrata a Dios como la fuente, el origen, el manantial o el principio de la vida. Esta información es trascendente para nosotros.

Todo lo que somos y hacemos depende directamente de Dios, puesto que todo se sustenta en el hecho de que tenemos vida. «Hay esperanza solo para los que están vivos», dice Eclesiastés 9: 4 (NBV). Cuando se acaba la vida, se acaba todo lo demás. La Biblia es clara al respecto: «Los muertos nada saben, ni tienen más recompensa. Su memoria cae en el olvido. También perecen su amor, su odio y su envidia; y ya nunca más tendrán parte en todo lo que se hace debajo del sol» (Eclesiastés 9: 5-6). ¿Eres consciente en tu día a día del hecho de que estás vivo porque Dios te da la vida? Siendo que Dios es el manantial del que brota tu vida, no tiene sentido que hagas planes sin tomar en cuenta a Dios en todo y para todo.

Podemos hablar de vida no porque de manera automática nos movemos y respiramos, sino porque Dios produce esa vida en nosotros. Antes de que Dios nos trajera a la vida, sencillamente no existíamos, y el ser humano desconectado de Dios se encamina hacia la inexistencia, que es el lugar donde estaba antes de ser creado. Una pregunta que debemos hacernos es, por tanto, si queremos tener vida por la eternidad para no volver a la nada.

Cuando la Biblia habla de tener vida eterna, lo plantea en términos de tener aquí y ahora una relación con Jesucristo, el Hijo de Dios: «El que tiene al Hijo tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida» (1 Juan 5: 12). Esto significa que «Jesucristo permanece en aquel que cree en él, y a través de su presencia los creyentes se sienten seguros porque experimentan ya la vida eterna».* Estar verdaderamente vivos, en el lenguaje bíblico, es estar conectados a la fuente de vida que es Cristo Jesús (ver Juan 1: 4). ¿Estás conectado a Cristo, para que vivas de verdad, ahora y para siempre?

Espero que hoy puedas creer con todo tu corazón que Dios no solo te dio y te da la vida física, también la espiritual y la esperanza de vida eterna, porque él ha «venido para que tengas vida, y para que la tengas en abundancia» (Juan 10: 10). ¿Crees esto?

https://vidakristiana.blogspot.com/

* *Biblia de estudio de Andrews*, p. 1569.

Amemos lo que Dios ama

«Jehová ama la rectitud y no desampara a sus santos»
(Salmo 37: 28).

Duele mucho sufrir por haber actuado con rectitud. Sin embargo, esto ocurre a menudo. Descorazonados por tener que cosechar consecuencias injustamente, cada vez son más las personas, incluso cristianas, que han caído en la filosofía de que, para tener «éxito» en la vida, no puede uno actuar con integridad. Lo que ocurre a continuación es que ya no les parece mal mentir si les conviene, cometer ilegalidades en sus empresas (pues «todo el mundo lo hace» si quieren llegar a la cima), no ser transparentes ni sinceros en sus relaciones interpersonales, o negociar con sus principios si les genera «beneficios». ¿Dónde queda Dios en todo esto? ¿Dónde dejamos el hecho de que Dios ama la rectitud, la integridad, la justicia?

La otra cara de la moneda es que las personas rectas, íntegras, con un sentido elevado de la justicia, son percibidas como tontas, ingenuas o demasiado simples, lo cual constituye también una presión. Tal vez tú, que lees estas palabras, has perdido en alguna ocasión la amistad de alguien, algún novio o novia, un cargo o incluso un empleo porque no quisiste participar de alguna acción injusta. Tal vez aún no puedes entender cómo, por tener moralidad y actuar con apego a ella y a los principios cristianos, dejas de percibir aparentes ganancias, ascensos o privilegios. Y es que, francamente, duele y descorazona, pero forma parte del caminar cristiano. Jesús mismo sufrió este tipo de dolor, a pesar de ser el único ser realmente justo que ha vivido en esta tierra.

La persona que ha escogido a Cristo como su modelo puede enfrentar ataques y hasta maltratos por el testimonio de fe que da con su vida. La manera en que un cristiano comprometido brilla no siempre es bien recibida por quien decide vivir en la oscuridad. De esta realidad nos habla el Salmo 37. En sus 40 versículos reconoce esta situación y nos da consejos para enfrentarla. La recomendación del salmista es: «Confía en Jehová y haz el bien», porque esto se asocia a la promesa de la vida eterna (vers. 3).

El Salmo 37 nos exhorta a seguir teniendo paciencia y a seguir esperando en Dios, sabiendo que él está al tanto de todo cuanto nos sucede a nosotros, sus hijos, e incluso de los planes que hacen quienes no desean vivir en la luz. Aunque nos resulte tentador pensar que nos iría mejor mintiendo, engañando y dejando la integridad a un lado, lo cierto es que la rectitud paga con la mejor recompensa, porque Dios ama la rectitud.

3 de mayo

El Dios que nos auxilia

«Dios es nuestro amparo y fortaleza,
nuestro pronto auxilio en las tribulaciones»
(Salmo 46: 1).

Sí, es cierto: todos, sin excepción, en algún momento de nuestras vidas, nos sentiremos desamparados y desprotegidos, y nos tocará enfrentar verdaderas tribulaciones. Y aunque nadie tiene que vivir pensando en ello todos los días, también sería insensato no hacer una provisión para cuando lleguen estas realidades. Es aquí donde nuestro Dios aparece frente a nosotros diciéndonos: «Yo los ampararé, yo les daré mi protección, yo los haré fuertes cuando se sientan débiles, y en la tribulación, vendré prontamente a darles mi auxilio». No sé cuánto representan estas promesas de Dios para ti, pero si has pasado por una tribulación, seguramente puedes entender muy bien lo que Dios está diciendo aquí.

¿Te imaginas lo que significó este versículo para los poco más de ochocientos sobrevivientes del naufragio del Titanic? ¿Puedes imaginarte cuántos de los más de mil cuatrocientos pasajeros que murieron en esa tragedia repitieron estas palabras u otras semejantes? La historia cuenta que el Carpathia, que fue el primer barco que llegó a socorrer a las víctimas, pudo arribar a la zona del desastre apenas cuatro horas después del accidente, pudiendo solo rescatar a los que estaban en los botes salvavidas. Los demás murieron congelados en las aguas porque no llegó un auxilio a tiempo para rescatarlos, o ahogados dentro del barco porque el número insuficiente de botes salvavidas no alcanzó para ellos. El California, otro trasatlántico que se encontraba a 10 millas de la tragedia, no recibió el mensaje de auxilio porque, minutos antes, sus radiotelegrafistas habían apagado el aparato, enojados por la actitud de soberbia de la tripulación del Titanic cuando trataron de avisarles de la presencia de témpanos de hielo en la zona.

Nuestro Dios no es solo un auxilio, es el mejor, es completo y es tan rápido como lo necesitamos. Él no solo está ahí para cuando el desastre amenaza a muchos, sino que también nos ampara individualmente cuando los demás parecen olvidarse de nosotros. Su amor es tan grande que se ofrece para convertirse en una fortaleza donde podamos refugiarnos de todo peligro y del enemigo de nuestras almas.

Así como un barco necesita botes salvavidas, un soldado necesita una fortaleza desde donde batallar y todo ser humano necesita tener un techo y una familia que lo ampare, así también en nuestra experiencia espiritual nunca debemos olvidar que «Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones».

Dios te invita a entregarte a él

«Estad quietos y conoced que yo soy Dios;
seré exaltado entre las naciones; enaltecido seré en la tierra»
(Salmo 46: 10).

Vivimos tiempos difíciles. Estamos rodeados por la misma clase de indecencia que caracterizó los tiempos de Timoteo, y que él tan elocuentemente describió como peligrosos, sin conocimiento ni práctica de la verdad, llenos de insensatez y corrupción (ver 2 Timoteo 3). La industria del cine, la televisión y la música de hoy dejan poco a la imaginación. Las perversiones sexuales están por doquier; niños son abusados física y sexualmente; abunda la inseguridad ciudadana; los niveles de violencia y los problemas generados por el narcotráfico superan la capacidad del accionar policial; la falta de credibilidad del liderazgo político y religioso está muy extendida, así como el número de familias disfuncionales... Por si esto fuera poco, los desastres naturales son cada vez más frecuentes y devastadores. Todo esto forma un cuadro que genera incertidumbre y temor incluso en el más valiente. Es ahora cuando entra en escena el Salmo 46.

El Salmo 46 nos ayuda a seguir adelante cuando estamos rodeados de circunstancias adversas. Y nos dice dos cosas que son esenciales para lograrlo: 1) creer que Dios está con nosotros, siendo nuestro amparo, fortaleza y auxilio; y 2) que no importa cómo se comporte la naturaleza o cuántas fuerzas adversas se opongan a los creyentes, Dios está con nosotros y por eso la victoria ya está asegurada.

En el versículo 10 se nos explica cuál es la actitud que debemos tener en estos tiempos complicados: «Estad quietos». Uno de los significados que tiene el verbo original usado aquí es: «Entréguense». ¿Entregarnos a quién? ¡A Dios! Porque la agitación, el repetir incesantemente todo lo malo que está ocurriendo, no nos ayuda, sino que nos roba la oportunidad de hacer lo más importante: conocer que Dios es Dios, y dejar que intervenga conforme a su soberanía. Esa es la clave para vivir victoriosos en momentos difíciles: dedicar nuestro tiempo y nuestras energías a conocer a Dios, a sentir su poder y su amor, a buscar su plan para nosotros y a confiar en sus promesas. Esto es lo que traerá paz a nuestros corazones.

Puedes hacerte experto en las señales de los tiempos, pero lo que Dios más quiere es que te hagas experto en conocerle a él, para que puedas entender su manera de actuar y así llegues a desarrollar una confianza tal que te entregues a él. En esa entrega está la tranquilidad. ¿Qué tal si te entregas a él en este momento?

Grande es Dios

«Grande es Jehová y digno de ser en gran manera alabado en la ciudad de nuestro Dios, en su monte santo» (Salmo 48: 1).

Solo en Dios hay verdadera grandeza. La Biblia así lo afirma: «No hay nadie semejante a ti, Jehová; grande eres tú y grande en poder es tu nombre» (Jeremías 10: 6); «Rey grande es sobre toda la tierra» (Salmo 47: 2, NBLA); «porque grande es Jehová, digno de suprema alabanza» (1 Crónicas 16: 25). Sin embargo, a pesar de que Dios es el único ser digno de alabanza debido a su grandeza sobrecogedora, la tendencia de los seres humanos es a darnos alabanza los unos a los otros, o cada uno a sí mismo. Esta es una clara muestra de la degradación que ha sufrido la humanidad con relación a su estado original. Habiéndose corrompido la capacidad que Dios nos ha dado de reconocer lo bello, lo sublime y lo que tiene verdadera grandeza, hemos terminado poniéndonos a nosotros mismos y a otros en el lugar que solo puede ocupar Dios.

¿Y cuántas veces, después de haber alabado a alguien, nos hemos arrepentido de nuestras palabras al comprobar que el objeto de esa alabanza no era más que un sujeto imperfecto y falible? Cuánta sabiduría entonces encontramos en el consejo divino que registró para nosotros el profeta Jeremías, cuando escribió: «Así ha dicho Jehová: "No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábese en esto el que haya de alabarse: en entenderme y conocerme, que yo soy Jehová, que hago misericordia, juicio y justicia en la tierra, porque estas cosas me agradan"» (Jeremías 9: 23-24). No hay nada en el ser humano digno de alabanza: ni la sabiduría, ni la valentía, ni la riqueza. Nada.

El único motivo legítimo de alabanza consiste en conocer la grandeza del carácter de Dios. Cualquier otro motivo nos lleva directos a la idolatría. Necesitamos, pues, conocer tanto como nos sea posible a Dios, y fijarnos en sus atributos, para poder rendirle alabanzas que estén acorde con su grandeza, y para dejar de alabar a nadie que no sea él. Necesitamos, como pueblo de Dios y en cada santuario construido para dar alabanza a Dios, enseñar, practicar y estimular el deber humano y sobre todo cristiano de dar gloria, honor, alabanza y honra al único sabio, inmortal y poderoso: Dios, Jehová de los ejércitos.

Regocíjate y canta, hermano mío, hermana mía que lees estas líneas, porque grande es en medio de ti el Santo de Israel (ver Isaías 12: 6).

Dios es nuestro Dios para siempre

«Este Dios es Dios nuestro eternamente y para siempre; él nos guiará aun más allá de la muerte»
(Salmo 48: 14).

El mensaje cristiano no es un programa que tenga como objetivo darnos comodidad aquí y ahora, hacernos felices en esta vida pasajera, cumplir todos nuestros sueños y resolver nuestros problemas en este mundo. No, para nada. El cristianismo nos enseña a someter nuestra vida al control de Dios, a glorificarle dándole un servicio de amor humilde y desinteresado sean cuales sean las circunstancias, y a prepararnos para vivir con él por la eternidad. El plan de Dios no es llenar esta tierra de personas que vivan contentas y acomodadas hasta que mueran, sino guiarnos por este valle de lágrimas para que, después, él pueda crear una tierra nueva y, entonces sí, llenarla de seres transformados que podamos ser completamente plenos en su presencia.

Lo que Dios quiere para nosotros aquí y ahora es que seamos personas que se comprometan con él para siempre, mientras dure nuestra vida terrenal; porque él se ha comprometido con nosotros por toda la eternidad. Esta perspectiva es importante para entender la forma en que Dios obra en nuestra vida. Puede frustrarse la persona cuya visión de vida se limite a su existencia en este mundo, por eso es tan crucial reparar en el texto de hoy. Nuestro Dios no es un Dios de corto alcance, no es el Dios a quien debemos buscar si lo único que nos preocupa es el día de hoy o el de mañana. Dios es para siempre; él va a seguir guiándonos más allá de la muerte, es decir, después de esta vida.

El plan de Dios para nosotros es más abarcante incluso que los sueños que podamos tener. Nosotros no podemos soñar más allá de este mundo, porque estamos limitados por la realidad inmediata que nos rodea y que es la única que conocemos. Por eso nuestras oraciones se centran casi siempre en pedirle a Dios que nos ayude con los problemas que tenemos aquí. Sin embargo, también deberíamos tener presente la vida que tendremos después de la muerte, y pedirle a Dios que nos guíe eternamente y para siempre.

Confiemos en Dios; esperemos a ver los planes que él tiene para nosotros y que, según su Palabra, son planes para nuestro bien y no para nuestro mal (ver Jeremías 29: 11), planes de «cosas que nadie ha visto ni oído, y ni siquiera pensado» (1 Corintios 2: 9, DHH). Sería triste no alcanzar a ver qué hay después de todo esto, ¿no crees?

7 de mayo

Dios venció la muerte

«Dios me salvará del poder de la muerte,
pues me llevará con él»
(Salmo 49: 15, DHH).

El Salmo 49 lo escribió David para mostrar la insensatez de confiar en los bienes materiales, en el conocimiento o en los honores que podamos acumular en este mundo. El argumento del salmista es que riquezas, sabiduría y honores no durarán para siempre; ¿por qué, entonces, depender de ellos?

Todos vamos a morir (sí, los justos también morirán), pero los que crean en Dios lo harán con la esperanza de la resurrección. Sin embargo, este salmo no es un canto al fracaso de la humanidad, sino una afirmación de esperanza para decir que hay solución aun para el problema de la muerte. Por eso el salmista retrata a nuestro Dios como aquel que tiene poder aun sobre la muerte. Por medio de él, la resurrección está asegurada. «Dijo Jesús: "Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá"» (Juan 11: 25). Gracias, Señor, por esta esperanza tan grande.

Cuando Dios creó al hombre lo hizo para que viviera para siempre; el pecado, sin embargo, supuso un cambio de planes. Dios no es el autor de la muerte, sino Satanás, quien trajo a este mundo el pecado que la produjo. Pero Dios respondió al pecado con la salvación por medio de «Cristo Jesús nuestro Salvador, que destruyó el poder de la muerte y que, por el evangelio, sacó a la luz la vida inmortal» (2 Timoteo 1: 10, DHH). «Jesús fue de carne y sangre humanas, para derrotar con su muerte al que tenía poder para matar, es decir, al diablo» (Hebreos 2: 14, DHH).

Dios es el único que puede vencer a la muerte, porque es la fuente u origen de la vida, y porque es la fuente u origen de la resurrección. Que Dios pueda resucitar a personas que han muerto no solo significa que él detiene la muerte, sino que revierte completamente el proceso trayendo de nuevo a la vida lo que se había desintegrado. Esto nos da una esperanza absoluta, completa, perfecta. Es decir, a partir de este hecho, no hay nada que nuestro Dios no pueda hacer por nosotros, porque aun lo que ya no existe él lo hace existir otra vez. ¿Cómo no sentir amor y gratitud por un Dios como este? ¿Cómo no aferrarnos cada día más a él y reconocer que es todo lo que necesitamos?

Nuestro buen y gran Dios «destruirá a la muerte para siempre» (Isaías 25: 8). Ya no habrá más muerte ni más dolor (ver Apocalipsis 21: 4). ¡Alabado sea su nombre!

El Dios de la bendita esperanza

«Vendrá nuestro Dios y no callará; fuego consumirá delante de él y tempestad poderosa lo rodeará»
(Salmo 50: 3).

La Segunda Venida de Cristo es la información más importante que todo ser humano debe conocer. ¿Qué hace tan importante este acontecimiento? ¿Por qué nadie debería ignorarlo o participar de este evento sin estar preparado?

En primer lugar, se trata de la aparición personal, física, real y en toda su gloria, de Dios en este mundo. Nunca antes ha ocurrido nada semejante. Una vez, en el pasado, el mundo vio a Dios revestido de humanidad y ocultando bajo ese «ropaje» su gloria y poder (que, de otra manera, no podríamos resistir). Esa primera venida cambió la vida en nuestro planeta para siempre. Entre los resultados más importantes de la primera venida de Cristo pueden mencionarse la redención del pecado, la derrota de Satanás y de la muerte, la reconciliación del ser humano con su Creador, la fundación de la iglesia cristiana y el establecimiento del sacerdocio de todos los creyentes.

Ahora piensa en algunas de las cosas que ocurrirán cuando Cristo vuelva, esta vez en todo su esplendor, poder y gloria. Sabemos que llevará con él al cielo por mil años, y luego por toda la eternidad a la Tierra Nueva, a todos los que aceptaron su redención. Satanás y la muerte, que ya fueron vencidos, serán destruidos para siempre. Se reunirán los salvados de todas las edades y todas las naciones, y ¡qué reunión será esa! El planeta tal y como está será destruido con fuego para ser luego renovado, y para establecer en él la ciudad donde Dios mismo vivirá con los redimidos. Se terminarán el dolor, la muerte, la maldad, el pecado y todo será un eterno paraíso.

¿Te das cuenta por qué se le ha llamado a esto la bendita esperanza del cristiano? ¿Puedes ver todo lo que implica la esperanza que tenemos? ¿Puedes entender mejor por qué hay que avisar a toda persona que conocemos para hacerle saber que esto que pronto sucederá se basa en lo que ya sucedió? ¿Cómo podríamos dejar que el mundo permanezca en la ignorancia?

En ese bendito día que estamos esperando, solo habrá dos grupos: el de los santos que hicieron pacto con el Señor, y a quienes él librará (ver Salmo 50: 5, 15); y el de los que se olvidaron de Dios, y que serán destruidos para siempre (vers. 22). Ese día, ¿en qué grupo quieres estar? Toma hoy las decisiones que te conduzcan en esa dirección.

9 de mayo

Un Dios autosuficiente

«Si yo tuviera hambre, no te lo diría a ti, porque mío es el mundo y su plenitud» (Salmo 50: 12).

Chanttal y Alan son mis hijos. He compartido mucho con ellos; en realidad, desde que llegaron a este mundo he estado compartiendo con ellos mis pensamientos, mi tiempo, mi amor, mis conocimientos, mi alegría, mi enojo, la casa, la cama, los alimentos y especialmente el contenido de mi billetera. Esos muchachos son mi mayor inversión. Pero ellos también me han dado mucho, especialmente razones para vivir, motivación para salir a trabajar, deseos de intentar ser mejor persona, y sobre todo muchos momentos de satisfacción y felicidad.

Les pediría cualquier cosa a mis hijos porque creo que no me la negarían, pero hay una cosa que no se me ocurriría pedirles en este momento de sus vidas; aun si me viera en apuros financieros, si estuviera pasando hambre o necesidad, no iría a ellos para que me resolvieran esa particular situación. ¿Por qué? Porque al momento de escribir estas líneas, ellos no tienen con qué resolverme ningún problema financiero. Si algo ellos tienen, humanamente hablando, se lo hemos dado su mamá y yo. Así que, en realidad, lo que ellos tienen es mío.

A mí no se me ocurre pensar que alguna vez mis hijos tendrán que darme algo. Lo único que deseo es que exista un profundo amor entre nosotros. Pero no tendría sentido que ellos llegaran a pensar que yo salgo adelante, que me mantengo o que existo gracias a los regalos que ellos me han hecho (de paso, comprados con mi propio dinero). Eso es exactamente lo que entiendo que Dios está diciéndonos en el Salmo 50: 12. Como un padre que se lo ha dado todo a sus hijos, nos dice que la única relación posible entre nosotros y él es una relación basada en el amor.

La vida cristiana no gira en torno a cumplir unos deberes para con Dios, o en suplirle unas necesidades a cambio de sus bendiciones; tal idea es sencillamente absurda. El cristianismo es un pacto que hacemos de amar a Dios para siempre, de rendirle servicio como sus siervos, pero al mismo tiempo, amándolo como hijos que le deben toda su existencia.

El día que descubramos que lo único que podemos darle a Dios es nuestro amor, y que entendamos que eso es exactamente lo que él desea, ese día habrá comenzado para nosotros la nueva vida en Cristo.

Dios da gracia a los humildes

«Al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios» (Salmo 51: 17).

Todos necesitamos la ayuda de Dios, aunque no lo reconozcamos. Pocas cosas lucen más ridículas que el intento de alguien por tratar de hacer creer que es lo que no es, o que tiene lo que no tiene. Esto es aún peor cuando se intenta hacer con Dios. La Biblia describe la condición humana diciendo simplemente: «Como está escrito: "No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. [...] No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno» (Romanos 3: 10-12). ¿Qué te parece, entonces, el cuadro de una persona que, siendo injusta, va presumiendo de justa delante del juez que lo juzgará, y sin buscar un abogado que lo defienda? ¿Cómo ves a alguien que, no sabiendo nada sobre un tema, aun así, habla, opina y se expresa como si supiera? ¿Te parece que está pensando bien alguien que cree que no necesita buscar a Dios, o que piensa que no tiene nada de lo que arrepentirse?

Recuerdo haber leído acerca de un hombre que tenía un grave problema de miopía, pero se consideraba experto en evaluación de arte. Un día, visitó un museo con su esposa y algunos amigos, pero se le olvidaron los lentes en la casa y no podía ver los cuadros con nitidez. A pesar de ello, nada lo detuvo de expresar sus fuertes opiniones. Nada más entrar a la galería, comenzó a criticar las diferentes pinturas que colgaban de las paredes. Luego, al detenerse ante lo que pensaba que era un retrato de cuerpo entero, empezó a criticarlo y, con aires de superioridad, comentó: «Ese marco es completamente inadecuado para ese retrato. Además, el hombre está vestido en una forma demasiado ordinaria. En realidad, el artista cometió un error imperdonable al elegir a un sujeto tan vulgar para hacer un retrato. Es una falta de respeto». El hombre siguió su parloteo hasta que su esposa caminó hacia él, lo apartó de la gente discretamente, y le dijo en voz baja: «Querido, estás parado frente a un espejo».

Dios nos hace un gran favor cuando nos inspira en su Palabra a ser humildes y cuando valora nuestra actitud de quebrantamiento y sumisión. Él sabe que necesitamos hacer a un lado el orgullo, pues solo con humildad podremos recibir la gracia divina. Y para nosotros, leer en su Palabra la importancia de la humildad resulta una fuente de inspiración y motivación para caminar en esa línea.

11 de mayo

Dios es rico en misericordia

«Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo»
(Efesios 2: 4-5).

La gracia de Dios no puede ganarse, sino recibirse, porque nos fue dada liberalmente en Cristo aun antes de que fuéramos conscientes de nuestra necesidad de ella. Lo maravilloso del evangelio es que son buenas noticias acerca de un Dios que murió por nosotros cuando aún éramos pecadores, es decir, cuando todavía no sabíamos lo que era arrepentirnos o pedir perdón. El evangelio no habla de un Dios que espera que las personas cambien para luego darles vida. Aun cuando esta hubiese sido ya una extraordinaria noticia y una muestra de una gran misericordia, la misericordia de Dios es superior aún.

Dios, cuando aún estábamos muertos en pecados —es decir, cuando aún vivíamos en rebelión hacia él, cuando no nos importaba su voluntad y cuando nuestra conducta estaba en abierta violación a su santa ley (y, por lo tanto, nos tocaba en justicia la muerte)—, ese Dios, en ese momento, nos dio la vida en Cristo. Dios nos amó antes de que nosotros pudiéramos amarlo, y mostró ese amor entregando a su Hijo por nosotros. Esto es extraordinario, inexplicable y no tiene maneras humanas de ser justificado. Esto es la gracia.

No es que Dios nos diga: «Cuando dejes el pecado te daré vida»; no es que Dios hiciera un plan para que, si primero cambiábamos nuestro estilo de vida, pudiésemos llegar a tener la vida que él ofrece. Es mucho más que esto; es que, estando nosotros muertos en el pecado, Dios nos dio vida juntamente con Cristo. ¿Quién puede entender esto? Lo que la Biblia nos está diciendo es que todos los seres humanos tenemos a nuestra disposición la vida eterna en Cristo. La diferencia entre ser salvos o perdernos no será que, a unos, Dios les dio la posibilidad mientras que, a otros, no. La diferencia será que unos la recibieron y otros la rechazaron, pero la posibilidad ya fue dada, y fue dada para todos.

¡Hay salvación en Cristo ahora mismo para todos! Esto solo puede ofrecerlo Dios, debido a dos cualidades que le son exclusivas: es rico en misericordia, y ama al ser humano de una manera infinitamente grande. Y tú, ¿qué harás? ¿Aceptarás, por fe en Cristo, esa gracia salvadora que Dios te ofrece? No hay posibilidades de que puedas agotar la misericordia de Dios. Tampoco hay manera de que puedas impedir que Dios te ame con un amor inmenso. Contemplando este maravilloso retrato de Dios, vive feliz el día de hoy, y llévale esa buena noticia a alguien que conozcas.

El don que Dios nos da

«Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios» (Efesios 2: 8).

Guardando la distancia que hay entre Dios y nosotros, me gusta pensar que, como todo padre amoroso y comprensivo, Dios sabe que hay cosas que sus hijos nunca lograríamos por nuestros propios esfuerzos. A mí me sucede lo mismo con mis hijos, y supongo que a ti, si eres padre o madre, también. Por ejemplo, hay cosas que me aseguro de no dárselas a mis hijos a menos que se las hayan ganado, porque se trata de algo que ellos pueden lograr. Entonces, ¿por qué dárselo hecho? Mejor permitir que lo intenten y así refuerzo algún valor en ellos. Sin embargo, muchas otras cosas se las doy, porque son mis hijos y me interesa que las tengan, a la par que soy consciente de que, por ellos mismos, no las podrían conseguir.

Me gusta reflexionar en el retrato de Dios que encuentro en el texto de hoy: Efesios 2: 8. Puedo sentir que Dios es mi Padre, que me ama, me entiende, y que está pendiente de mis necesidades. Puedo entender que cuando el Padre ve algo que sería para mi bien, y sabe que yo no puedo obtenerlo por mí mismo, entonces, lleno de amor, me lo regala. ¡Así, sin más! A nadie se le ocurre, al recibir un regalo, en lugar de abrirlo, agradecerlo y disfrutarlo, ponerse a preguntar: «¿Dónde lo conseguiste? ¿Por qué este y no otro? ¿No había otra tienda?».

La salvación es un don de Dios; es un regalo que nos da a sus hijos, y no puede ser otra cosa. Porque no hay uno de nosotros que pueda comprarla, mucho menos ganarla o merecerla. La salvación no la obtenemos ni por obediencia o buena conducta, ni tan siquiera porque tenemos fe. La fe no es la fuente de la salvación; la fe es otro regalo que Dios nos hace para permitirnos responder de manera coherente y tangible al regalo de salvación que nos ha dado. La salvación es un don, un regalo derivado única y exclusivamente de la gracia de Dios.

Es natural que un Dios de amor desee que sus hijos se salven, y es también natural que les regale lo que él puede dar y que sus hijos no pueden lograr, comprar ni ganar. También debería ser natural que nos dedicáramos a disfrutar la salvación en Cristo, en lugar de andar tratando de explicarla desde nuestra perspectiva o de ganarla por obras.

¿Te gusta el regalo de Dios? Entonces dale las gracias y disfrútalo. Él se sentirá muy feliz de que lo hagas.

El creador de todo lo bueno

«Somos hechura suya,
creados en Cristo Jesús para buenas obras»
(Efesios 2: 10).

«Somos hechura suya», fuimos «creados en Cristo Jesús». Ambas expresiones son aplicables tanto a nuestra creación física como a la espiritual.

Físicamente, fuimos hechos por Dios, a su imagen y semejanza. Fue su propia mano la que dio forma al cuerpo de los primeros seres humanos, y él mismo sopló en su nariz el aliento de vida. El resto de nosotros somos el resultado de una orden de reproducción que Dios dio a Adán y a Eva. Espiritualmente, fuimos hechos nuevas criaturas en Cristo. Esto fue necesario porque nuestro nacimiento se produjo en un ambiente de pecado a causa de la caída de nuestros primeros padres. Ahora, «si alguno está en Cristo, nueva criatura es: las cosas viejas pasaron; todas son hechas nuevas» (2 Corintios 5: 17).

El apóstol Pablo dice en Efesios 2: 10 que, en ambos casos (físico y espiritual), fuimos creados «para buenas obras». Es decir, el propósito original de nuestra existencia, así como el fruto de la salvación que nos hace nuevas criaturas en Cristo, es que seamos seres de bien. Fuimos creados, física y espiritualmente, con la capacidad de hacer el bien. Gustar de lo bueno, hacer lo bueno, procurar lo bueno, debiera ser natural en nosotros, tanto por creación como por salvación, y como fruto de ambas, no como medio para obtener alguna de las dos. Lo malo, lo incorrecto, lo injusto no vienen de Dios; son semillas que un enemigo ha sembrado en el terreno de nuestro corazón.

Cuando nos creó, Dios nos dio también las oportunidades de hacer el bien. Es natural que, si creas a alguien para que haga buenas obras, le des también las oportunidades de llevar a la práctica esa capacidad. No tendría sentido que yo le regalara un bate y una pelota de *baseball* a mi hijo, si no tuviera en mente algún lugar donde él pueda jugar al *baseball*.

Contrario a lo que muchos creen, las buenas obras no nos hacen hijos de Dios, sino que los hijos de Dios hacemos buenas obras debido a que hemos sido creados para eso. No me convierto en hijo de Dios cuando hago lo bueno; en realidad, si algo bueno hago, se lo debo al hecho de que soy hijo de Dios y de que él me dio esa capacidad. De esta manera, las buenas obras no tienen el propósito de engrandecernos, sino de mostrar a Dios como el Creador de todo lo bueno, tanto del ser humano para buenas obras, como de las buenas obras para el ser humano. Toda la gloria es para él.

Dios excede nuestro conocimiento

***«A Aquel que es poderoso
para hacer todas las cosas mucho más abundantemente
de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros»
(Efesios 3: 20).***

Todavía recuerdo ese día. El profesor de la materia Creencias cristianas llegó al salón de clase trayendo los resultados del examen anterior. Estaba entregando a cada alumno individualmente sus exámenes corregidos cuando llegó frente a uno de mis compañeros.

—¿Cuánto crees que sacaste? —le preguntó.

—Creo que saqué un 100 —fue la respuesta.

—Así que crees que sacaste un 100... ¿Quieres un 80? —comentó el profesor.

—No, gracias, yo quiero mi 100.

—Así que 100 ¿eh? ¿No quieres un 80? —le preguntó una vez más.

—No, profe, yo me esforcé y quiero mi 100.

—Pues aquí tienes, quédate con tu 60 —sentenció el profesor.

Mi compañero no lo podía creer. Miraba su examen corregido y el 60 en la parte superior, y escuchaba la risa del profesor. Luego nos decía: «¿Por qué no acepté? ¡Quién lo supiera!».

Hoy, leyendo Efesios 3, recordé ese incidente. Pablo habla de un misterio que Dios ha tenido por los siglos y que decidió dar a conocer. Él quiso salvar a judíos y gentiles, y se propone hacer de ambos un solo pueblo que muestre al universo su sabiduría y la profundidad de su amor. Cuando leo y releo esto, me quedo pensando como mi compañero de clase: «¡Quién lo supiera!». Porque la verdad es que no sabemos nada acerca de Dios, de su plan, de la forma como lo lleva a cabo, de cómo hará para salvarnos a pesar de nuestros prejuicios, diferencias, complejos e ignorancia. A veces creo saber mucho de lo grande e increíble que es la obra que Dios está haciendo en mí; siento que podría sacarme un 100 en esta manteria, cuando en realidad lo más posible es que mi orgullo y mi ignorancia me hagan reprobar, porque me impiden recibir lo que Dios me ofrece por gracia.

Estoy feliz de saber que Dios es poderoso para hacer todas las cosas más allá de lo que yo puedo entender o pedir; porque si solo hiciera en mí lo que yo puedo entender, o solo me diera lo que yo le pido, me perdería el poder llegar algún día a entender, con todos los santos, esa profundidad, longitud y anchura del amor divino, que excede todo conocimiento.

15 de mayo

Él es todo

«Un solo Dios y Padre de todos,
el cual es sobre todos y por todos y en todos»
(Efesios 4: 6).

Al retrato de Dios que Pablo nos regala en el texto de hoy, yo lo llamaría «Plenitud». Si tan solo pudiésemos leer cada frase y meditar en las implicaciones que tiene para nosotros, seríamos muy bendecidos. Permíteme, por favor, hacer un humilde intento.

«Un solo Dios». Esto significa no solo que Dios es único, incomparable e inimitable, sino que también se nos muestra dónde comienza y termina todo, cuál debe ser el centro de nuestra vida, a quién hemos de dar cuentas, a quién tenemos que consultar y en quién debemos esperar. Yo puedo llegar a ser muchas cosas, puedo ocupar altas posiciones, puedo desempeñar un cargo importante, pero ojalá no llegue a sentirme tan grande como para olvidar que hay un solo Dios. ¡Y no soy yo! Es Jehová, el Señor.

«Padre de todos». Esto significa que, sean cuales sean nuestras diferencias, todos somos hermanos, hijos del mismo Padre. Dios no es Padre de algunos, tío de otros y abuelo del resto. Él es el Padre de todos. Si tan solo nos ubicáramos a la luz de esta declaración, tendríamos una mejor idea de nuestro valor y del valor de los demás. No habría necesidad de levantar tantas barreras entre nosotros y nos sería más difícil dañarnos unos a otros.

«El cual es sobre todos». El mundo no gira alrededor de nosotros. Solo nuestra ignorancia puede hacernos creer que estamos en el control de las cosas. La historia va hacia donde Dios dice que vaya, y yo debo entender que, en mi familia, en mi trabajo, en la iglesia y en mi propia vida, Dios está sobre todos, no solo sobre mí.

«Por todos». Si Dios es por todos, lo cual me incluye a mí, entonces no necesito vivir con miedo, porque no dependo de lo que me pueda hacer el hombre: mi futuro está en las manos de Dios. Puedo sentir seguridad de mi salvación porque el Salvador está a mi favor y, por lo tanto, saldré favorecido y victorioso.

«En todos». No tengo que ver la vida como una competencia entre mis prójimos y yo. Dios nos ama a todos por igual y está obrando en todos. No tengo que desarrollar el complejo de que solo mis ideas son buenas y solo mis planes funcionan. Dios interviene en la vida de todos; nos bendice y nos usa a todos con el mismo amor.

"VIDA CRISTIANA VX"

Dios ministra y edifica su iglesia

«Él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo» (Efesios 4: 11-12).

Cuando se trata de su iglesia, nuestro Dios está dedicado personalmente a la tarea de edificarla. Todo lo que contribuya a su bienestar es importante para el Señor y, de hecho, él tiene un plan específico para que la iglesia se desarrolle armoniosa y saludablemente. El plan consiste en otorgar capacidades a cada creyente, por medio del Espíritu Santo, para que puedan entre todos ocuparse en distintos ministerios de servicio. No se trata de ministerios producto de la imaginación o de las preferencias personales, sino que el propio Dios ha definido las áreas que, en su sabiduría, son necesarias para la edificación de la iglesia.

Según Dios, la iglesia necesita personas que estén dispuestas a ir a donde Dios las envíe. Estos son los apóstoles que él usa para establecer su iglesia y poner los debidos fundamentos. Una vez establecida, la iglesia necesitará profetas, es decir, personas que presenten la Palabra de Dios con fidelidad y poder al pueblo, para que el pueblo se vuelva a Dios. También será necesario contar con personas que se dediquen a llevar las buenas nuevas de la salvación a todos cuantos puedan: estos son los evangelistas. Y, por supuesto, se necesitarán pastores y maestros, que velarán por la vida espiritual de la iglesia y enseñarán a la congregación, con equilibrio y amor, los principios y valores que Dios nos ha dejado en su palabra.

Dios también estableció su iglesia con un propósito, y esto es lo que el apóstol llama «la obra del ministerio», para la cual personalmente Dios proveer todo lo necesario, de tal modo que se logre la debida edificación. Así que, desde la perspectiva de Dios, la iglesia es un movimiento misionero y de servicio, de naturaleza inclusiva. Su misión es mantenerse espiritualmente saludable para cumplir su ministerio de llevar personas a Cristo. Su método para lograrlo es reconocer el ministerio de los dones, administrado por el Espíritu Santo, y que abarca la totalidad de la iglesia para garantizar que lleguemos a la meta.

Al final, puede verse que, para Dios, nosotros somos instrumentos para sus propósitos. Los ministerios son un medio para colaborar con él, y lo único que los justifica es ver a una iglesia creciendo en todo y sirviendo a todos. ¡Qué hermoso es el plan de Dios para edificar y ministrar su iglesia! ¡Sigámoslo!

https://vidakristiana.blogspot.com/

17 de mayo

Dios es imparcial

«Ustedes saben que el mismo Señor de ellos y de ustedes está en los cielos, y que no hay distinción de personas delante de él»
(Efesios 6: 9, RV15).

¡Qué lejos estoy de parecerme a Dios! Él se relaciona con todos los seres humanos y a todos nos trata con la misma justicia, la misma misericordia y el mismo amor. Para él no hay distinción de personas, no existen favoritismos ni parcialidades, no es aceptable la discriminación. Confieso que estoy lejos de ser así. Yo, que solo me relaciono con unas cuantas personas de manera regular, tengo mis favoritos. Favoritos para sentirme bien y favoritos para enojarme; y si tengo que ayudar a alguien, estoy inclinado hacia el primer grupo. Cuánto me queda por aprender en términos de relaciones interpersonales.

A lo largo de la Biblia encontramos que hacer acepción de personas es incorrecto. Dios nos manda en su Palabra a tratar a todos justamente, sin preferencias, ya sean ricos o pobres; de otra raza o estatus social; de otra denominación religiosa o de ninguna; nos caigan bien o mal; nos hayan tratado con atención o no. Nuestro modelo para esto es el propio Dios, que no se detiene en convencionalismos sociales, sino que trata con el mismo amor y el mismo respeto a todos, y espera que eso hagamos los creyentes.

Dios no sabe discriminar; no puede ni quiere hacerlo; no existe la posibilidad de que algo o alguien lo provoquen para que se comporte en forma distinta a lo que es su esencia. Cuando la Biblia nos dice que Dios no hace acepción de personas nos está enseñando que esa es una característica esencial de él; por lo tanto, no hay nada que podamos hacer o decir que influya en esa forma que tiene de tratarnos. A Dios no le impresionan nuestras obras, nuestros logros, ni nada en lo que podamos destacar socialmente. El trato de Dios con nosotros está determinado por su invariable justicia, su infinita misericordia y su gran amor. No favorece a unos mientras perjudica a otros, sino que entregó a su Hijo por todos.

¿Y tú? ¿Cómo vas en eso de relacionarte sin hacer distinción de personas? Yo tengo que confesar que, aunque estoy lejos del ideal, disfruto mucho de tener a un Dios que nos trata a todos por igual y que, al hacerlo, pone ante mí el reto de imitarlo. Que el Señor nos ayude a que el amor y el respeto sean los principios que gobiernen todas nuestras relaciones interpersonales de hoy en adelante.

El Dios de la perseverancia

«Dios, quien comenzó la buena obra en ustedes, la continuará hasta que quede completamente terminada el día que Cristo Jesús vuelva» (Filipenses 1: 6, NTV).

Muchos comienzan, pero no todos terminan. El club de los que abandonan a mitad de camino tiene una membresía bastante numerosa. Seguramente alguna vez hemos sido socios de ese club. Pero nuestro Dios no es así. Él, lo que comienza, lo continúa hasta que lo termina. Si lo pensamos bien, nos daremos cuenta de que solo un Dios que persevera, que se compromete para siempre y que no se detiene hasta terminar su obra, puede lograr salvar a seres como nosotros.

Nuestro Dios no se distrae. El descuido no tiene lugar en ninguno de sus actos. Él no deja lo que está haciendo para comenzar algo diferente. Nuestro Dios no tiene cambios de humor, no es afectado por la edad, por la prisa, por las hormonas ni por ninguno de los factores que hacen que nosotros seamos tan volubles y cambiantes. Nuestro Dios no se siente presionado por nada; ninguna cosa lo toma desprevenido y no conoce el cansancio ni la fatiga. No se aburre ni tiene necesidad de tomar vacaciones. Él tiene todo lo necesario para terminar cualquier cosa que haya decidido comenzar. Es eterno, así que no le afecta el tiempo; es omnisapiente, por lo que no enfrenta imprevistos; y es todopoderoso, por lo tanto, nunca experimenta carencia de algún recurso. Nunca ha habido nada que Dios haya dejado inconcluso.

Este mismo Dios del que te estoy hablando, un día inició en ti la buena obra de la salvación, y desde ese día nunca ha dejado de obrar en tu vida para completarla. Y, lo que es más: en el futuro, y mientras vivas, seguirá trabajando cada segundo de cada día para salvarte, hasta cuando Cristo regrese. Ni siquiera tú puedes hacer que Dios se detenga y deje de obrar en tu vida. Aun aquellos que se perderán son personas en las que Dios trabajó hasta el último momento. Porque él nunca se da por vencido. Dios no te obliga a recibirlo, pero tampoco permite que tu rechazo lo haga detenerse de intentar salvarte.

No importa lo que esté pasando en tu vida en este momento, ni cómo te sientas, hay algo que es un hecho firme: Dios está trabajando en ti. Esto debe darte esperanza. Puedes ir a él ahora mismo y cooperar con su obra para que no solo la continúe, sino que también la haga perfecta para ese día glorioso que será la Segunda Venida de Cristo.

El Dios de la misericordia

«Dios misericordioso es Jehová, tu Dios: No te dejará ni te destruirá ni se olvidará del pacto que juró a tus padres»
(Deuteronomio 4: 31).

No podrás negarme que lo que dice el versículo de hoy acerca de Dios es verdaderamente espectacular: Dios es «misericordioso». Y es interesante resaltar que, «en las trece veces que se utiliza este adjetivo, "misericordioso", en el Antiguo Testamento, siempre se le aplica a Dios».* Es decir, que el único ser realmente misericordioso es Dios. ¿Qué nos dice a nosotros esta cualidad divina?

Esta cualidad nos habla de un Dios que, estando en una posición de autoridad sobre nosotros, ha decidido tratarnos con compasión, con bondad y con clemencia. En realidad, todo lo que somos y tenemos se lo debemos a la misericordia de Dios. Es por esa cualidad de él que no hemos sido consumidos, sino que somos perdonados y aceptados como hijos suyos restaurados. Si Dios nos tratara como merecemos, nuestra paga sería la muerte eterna. Pero porque él es misericordioso, nos muestra su gracia. Precisamente la gracia divina es lo que necesitamos debido a que somos pecadores, y esa gracia es el resultado de la misericordia de Dios.

¿Has logrado captar el matiz que diferencia la misericordia y la gracia? Aunque se parecen, no son lo mismo. Gracia es recibir bendiciones a pesar de no merecerlas; gracia es, sencillamente, recibir un favor inmerecido. Misericordia es no recibir el castigo que nuestros pecados merecen. Como decíamos antes, el castigo del pecado es la muerte, pero por misericordia Dios nos ofrece la vida. «Acerquémonos, pues, confiadamente al trono del Dios de amor, para encontrar allí misericordia y gracia» (Hebreos 4: 16, NBV).

Si alguna vez llegaras a preguntarte hasta cuándo está dispuesto Dios a mostrarte su misericordia, nunca olvides que el Salmo 136 está completamente hecho para recordarnos que la misericordia de Jehová es para siempre. La Biblia añade, además, en Lamentaciones 3: 23, que esa misericordia es nueva cada mañana. ¿Quién como nuestro Dios? Cada día tiene hacia nosotros una renovada actitud compasiva, que no se acabará nunca. Estoy feliz de saber que la misericordia de Jehová es real y que llena toda la tierra. Esto me garantiza que puedo beneficiarme de esa cualidad de mi Dios, y deseo responder a ella con una entrega completa y sin reservas. ¿Y tú?

Digamos con el salmista: «¡Cuán preciosa, oh Dios, es tu misericordia!» (Salmo 36: 7, RV60).

---

* *Comentario bíblico adventista*, t. 1, p. 983.

Nuestro Dios es grande

«La casa que tengo que edificar ha de ser grande, porque el Dios nuestro es grande sobre todos los dioses» (2 Crónicas 2: 5).

Estas palabras fueron pronunciadas por el rey Salomón como parte de una solicitud que le hizo a su amigo y aliado Hiram, el rey de Tiro, para conseguir madera con la que construir el templo de Jehová y trabajadores de la más alta capacidad para asegurar la belleza del futuro edificio. Salomón quería hacerle una morada a Dios, y como entendía perfectamente bien lo grande que es el Señor, quiso que todo el proyecto correspondiera a esa grandeza. Una de las maneras de hacerlo era utilizando los materiales más nobles y de mayor belleza que estuvieran a su alcance, y poniendo los mejores talentos humanos al servicio de Dios. Dime, ¿es grande Dios para ti? ¿Intentas desarrollar los talentos que él te dio para ponerlos al servicio de su grandeza? ¿Refleja tu manera de pensar, de hablar y de vivir, el hecho de que sirves a un Dios grande?

La «grandeza» está asociada a varios conceptos: 1) a majestad y poder, 2) a dignidad y excelencia, 3) a extensión, tamaño y magnitud, 4) a elevación de espíritu y 5) a excelencia moral.* Cuando hablamos de Dios, por lo tanto, estamos hablando del ser con el más alto grado de majestad y poder (el Rey de reyes); con una dignidad incomparable; cuyos dominios se extienden más allá de este mundo (al universo entero); de naturaleza profundamente espiritual (el dador de la fe); con el carácter más elevado y pura excelencia moral.

Mirando esta lista de características no es difícil llegar a la conclusión de que este adjetivo calificativo, «grande», no es aplicable a un ser humano. En cambio, encaja a la perfección con Dios, con quien él es en esencia, con todo lo que hace y la forma en que lo hace, y con lo que tiene. Realmente el único grande es nuestro Dios. Las personas podremos tener momentos de grandeza en algún aspecto, pero en otros todo lo contrario; estamos totalmente descompensados.

Que nuestro concepto de la grandeza de Dios sea un filtro que permee toda nuestra vida. Que nuestras decisiones, nuestros pensamientos, nuestras palabras y hechos, así como nuestra adoración, reflejen siempre que servimos a Dios, el único que es verdaderamente grande. Siguiendo el ejemplo de Salomón con la edificación del templo, propongámonos que lo que edifiquemos nosotros sea para honra y gloria del gran Dios.

---

* *Diccionario de la lengua española* en línea, «grandeza».

No deja caído al justo

«Echa sobre Jehová tu carga y él te sostendrá; no dejará para siempre caído al justo» (Salmo 55: 22).

En este mundo, las cosas no ocurren de acuerdo al plan original de Dios. Jesús mismo reconoció este hecho cuando enseñó a sus discípulos a orar pidiendo que la voluntad de Dios se materializara en la tierra así como se materializa en el cielo (ver Mateo 6: 10). Esto nos ayuda a entender por qué a los hijos fieles de Dios, aquí en la tierra, nos ocurren cosas negativas y dolorosas, y por qué hemos de llevar cargas que nos agobian y sufrir caídas espirituales.

Llevar el nombre de «cristianos» pesa mucho. Debemos mantenernos conscientes de que el mundo no está listo para favorecer a las personas que quieren vivir para la gloria de Dios; por el contrario, deberíamos esperar hostilidad y rechazo, así como le sucedió a nuestro Maestro. Con razón Jesús nos advirtió de que el que no está dispuesto a llevar su cruz y a ir en pos de él, no puede ser su discípulo (Lucas 14: 27). Pero hay una buena noticia: ¡nuestro Dios sostiene al que está cargado y levanta al que ha caído!

La Biblia no enseña que, cuando vas a Dios, dejas de tener cargas, se terminan para ti los problemas o no experimentarás más caídas. Lo que nos asegura es que, sea como sea de pesada y difícil la carga que nos toque llevar, Dios nos sostendrá. Esto es lo que Pablo enseña cuando escribe que «fiel es Dios, que no os dejará ser probados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la prueba la salida, para que podáis soportarla» (1 Corintios 10: 13).

Muchas veces pedimos a Dios que nos quite la carga, cuando lo que él ha prometido es sostenernos para que la carga no nos venza. La Biblia no nos dice que el justo no caerá. Aun cuando algunos se alarman si alguien en la iglesia comete un error, deberíamos aceptar el hecho innegable de que, en este mundo, todos experimentamos caídas. Lo que las Escrituras nos aseguran es que, en el caso del creyente que se entrega por completo a Dios, aun si llegara a caer, no quedará caído para siempre porque Dios lo levantará. Nuestra oración debe incluir pedirle a Dios que nos libre de caídas y que, si caemos, nos levante conforme a sus promesas.

No sé si en otros planetas aprecian esto, pero aquí en la Tierra, donde reinan el pecado y la maldad, es maravilloso tener a un Dios que sostiene al que va cargado y levanta al que ha caído.

Dios está a tu favor

«Esto sé: Dios está a mi favor» (Salmo 56: 9).

Qué gran noticia: Dios está a nuestro favor. ¡Y con qué certeza lo afirma el salmista! «Esto sé». No admite dudas. Y tal seguridad no se fundamenta en un vacío. En la Biblia, este es un tema recurrente. Se habla del favor de Dios tanto sobre personas individuales como sobre su pueblo; del favor del rey y los efectos que tiene sobre sus beneficiarios. Proverbios 19: 12 dice que el favor de un rey es como el rocío sobre la hierba.

La palabra hebrea traducida como «favor» significa también buena voluntad, don agradable. Procede de una raíz que tiene el sentido de «satisfacer», «ser grato», «agradar» y «colmar de bendición». Esto significa que Dios tiene la buena voluntad de darnos sus favores para que nos sean gratos y colmen de bendición nuestra existencia, así como el rocío riega la hierba.

Nehemías le pidió a Dios que le permitiera conseguir el favor del rey (Nehemías 1: 11); Salomón, siendo rey, reconoció lo importante que era para un súbdito tener el favor del rey, e indicó que dicho favor estaba reservado para los prudentes (Proverbios 14: 35); y quizá el relato bíblico que mejor ilustra lo que significa el favor de Dios es el trato de David hacia Mefi-boset, hijo de Jonatán (2 Samuel 9). Mefi-boset no era merecedor del favor de David; de hecho, como nieto del monarca anterior representaba una amenaza para el nuevo rey. Sin embargo, por amor a Jonatán, su padre, que había sido tan amigo de David, Mefi-boset fue tratado como no merecía. De la misma manera nosotros, como hijos de la ira que somos, lo que merecemos es la muerte, pero gracias a Cristo hemos recibido el favor inmerecido de Dios.

El favor de David fue incondicional. Mefi-boset no tuvo que cumplir ningún requisito para recibirlo, igualmente nosotros hemos recibido la gracia y el favor de Dios no debido a méritos o a obras que hayamos hecho. La Biblia enseña que Dios está a nuestro favor, pero nunca nos dice que haya algo que podamos hacer para que Dios se ponga a nuestro favor.

El favor de David convirtió a Mefi-boset de enemigo en hijo, y lo sacó del árido escondite al deslumbrante palacio del rey y a su abundante banquete. Nosotros también, debido al favor de Dios, hemos pasado de enemigos a hijos, y tenemos la esperanza de que viviremos con él por siempre. Ahora bien, hay algo en el favor de Dios que supera con creces al favor del rey, y es que el favor de Dios dura para siempre (ver Salmo 30: 5). ¡Disfrútalo!

Dios: la roca

«Solamente él es mi roca y mi salvación;
es mi refugio, no resbalaré mucho»
(Salmo 62: 2).

El Salmo 62 es un canto de reconocimiento, alabanza y gratitud a Dios. Cuando uno lo lee completo (te invito a hacerlo), advierte que David fue inspirado en una alabanza que retrataba su experiencia de vida.

Desde muy joven, Dios había guiado a David a través de circunstancias intensas. Muy temprano experimentó el peligro, el acecho de fieras salvajes y de seres humanos que podían quitarle la vida. Enfrentó desafíos que estaban más allá de sus fuerzas. Después, como rey, tuvo que vivir hasta el final de sus días con la triste realidad de la traición y los intentos para derrocarlo. Este hombre sí podía hablar y escribir sobre lo que significa esconderse en una enorme y sólida roca. David sí sabía de refugios, de cuevas, de escondites. «Salvación» era una palabra que tenía gran sentido y significado para él, que muchas veces vivió en carne propia la salvación de su vida por parte de Dios. Y también experimentó resbalones personales, familiares y espirituales. Al decir que Dios es su única y verdadera roca, su salvación y su refugio, David está dando un testimonio de vida, está viviendo un momento de mucha madurez espiritual. Está diciendo: «No fueron los planes que hice, no fue mi capacidad para usar la onda, no fueron los hombres que andaban conmigo, no fue mi amistad con el hijo del rey ni los valientes que formaban parte de mi ejército. Todo se lo debo a Dios, mi roca y refugio, mi salvación». Y no dijo: «A través de Dios viene mi salvación»; dijo: «*Él es* mi salvación».

Esta es la conclusión a la que llegan todas las personas que están creciendo en su vida espiritual y en su relación con Dios. La madurez espiritual no nos lleva hacia la independencia, sino hacia la total dependencia de Dios, y hacia la sumisión a sus planes. Y, sobre todo, nos da esperanza y seguridad. Por eso David dice: «No resbalaré mucho». Porque Dios está ahí. David tenía algunas marcas de los resbalones que había dado, pero aquí él muestra que no malgastará su vida enfocándose en los momentos de fracaso. Aun a pesar de los errores, no se rendirá, porque tiene una roca y un refugio que lo salva de todo y de todos, incluso de sí mismo.

¿Quién es tu roca y tu refugio? ¿Es ya Jehová tu salvación? Te invito a experimentar, como el salmista, estas palabras: «En Dios solamente descansa mi alma» (Salmo 62: 1).

De Dios es el poder

«Una vez habló Dios; dos veces he oído esto:
que de Dios es el poder»
(Salmo 62: 11).

En las sociedades humanas, unas personas tienen cierto poder sobre otras, cierta capacidad para imponer conductas o respuestas en determinadas circunstancias y en forma limitada. Pero, a pesar de esta realidad, no podemos pensar que los seres humanos somos poderosos, porque el poder no nos es inherente, siempre nos es dado y, por lo mismo, nos puede ser quitado. Usemos como referencia el caso de Pilato. En un momento en que este hombre, sin duda socialmente poderoso, afirmó tener poder para crucificar o liberar a Jesús, el Señor le dijo: «No tendrías ningún poder sobre mí si no se te hubiera dado de arriba» (Juan 19: 11, NVI). El poder humano es un poder real, sí, pero circunstancial y dependiente de una fuerza externa que se lo conceda. No así el poder divino.

Dios es poderoso siempre y en toda circunstancia, porque el poder que él usa procede de sí mismo, no depende de ninguna fuente externa. Dios es poderoso cuando crea el mundo y cuando lo destruye; Dios es poderoso cuando nos da algo y cuando nos lo quita; Dios es poderoso cuando castiga y cuando perdona, cuando contesta diciendo sí y diciendo no. Él es poderoso cuando nos reprende y cuando nos habla con palabras tiernas y cariñosas; es poderoso cuando te sana de una enfermedad y cuando te da esperanza frente a la muerte, cuando te ayuda a conseguir un aumento de salario y cuando permite que pases por momentos de escasez. Dios es poderoso cuando promete el cielo a los que creen en él, y también cuando respeta la libertad de elección de aquellos que lo rechazan.

Lejos de buscar el poder social o relacional, el creyente busca al Dios que es poderoso para darle verdadera vida en Cristo. Más importante que ejercer algún tipo de poder institucional es estar conectados con el único poderoso para convertirnos en lo que hemos sido llamados a ser. Cuando pedimos poder social, no sabemos lo que pedimos, porque el llamado del discípulo es un llamado a servir a aquel que es poderoso, no a acumular poder para que otros le sirvan.

Jesús, hablando de los poderosos del mundo, comentó: «Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Pero entre vosotros no será así» (Mateo 20: 25-26). Entre nosotros, los cristianos, lo que corresponde es que ejerzamos fe en Aquel que es poderoso, para que nos dé poder para servir, no para mandar.

Dios oye tu oración

«Tú oyes la oración»
(Salmo 65: 2).

Dios escucha tus oraciones. Esto es algo que él quiere que sepas y creas, por eso dejó constancia de esta realidad en su Palabra, donde también te invita de la siguiente manera: «Clama a mí y yo te responderé, y te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces» (Jeremías 33: 3). ¿Has aceptado ya la invitación?

A veces nos asalta la duda acerca de si Dios nos escucha o no. Esto se puede deber a varias razones, como haber crecido en ambientes religiosos en los que se enseña que Dios solo escucha a las personas que son justas y santas y que, por lo tanto, para ser oídos por Dios, necesitamos acudir a él a través de un tercero que cumpla esos requisitos. Si bien es bueno que los líderes de una Iglesia intercedan en oración ante Dios por aquellos a quienes ministran, la Biblia nos invita a desarrollar individualmente el hábito de orar teniendo la seguridad de que Dios escucha. Porque «esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye» (1 Juan 5: 14).

«Conforme a su voluntad»: este es un concepto importante en la oración. El Señor no se ha comprometido a escuchar cuando nos quejamos por quejarnos; cuando le llevamos un informe de los últimos pecados que hemos detectado en la iglesia o en la vida de sus dirigentes. No hay un solo versículo en la Biblia que diga que Dios escucha chismes o calumnias. Dios escucha oraciones hechas conforme a su voluntad. Y como no llegamos a comprender plenamente cuál es la voluntad divina para el ser humano en cada situación, hemos de presentar nuestras oraciones sometiéndolas a lo que él considere que es mejor hacer.

Yo te propongo hoy una fórmula para orar, y es orar con amor (a Dios y al prójimo), gozo (en la fe), paz (para todos), paciencia (en caso de que la respuesta tarde), benignidad (deseos de reconciliación), bondad (sin maldad ni egocentrismo), fe, mansedumbre y dominio propio. Que el Espíritu Santo sea el filtro de cada una de tus oraciones.

«Orad sin cesar», nos dice el apóstol Pablo (1 Tesalonicenses 5: 16). Toda persona puede iniciar una relación con Dios a través de la oración diaria. Y si al principio no sabes qué pedir o cómo pedirlo, puedes pedir ayuda a Dios creyendo que te escucha. Esto será el inicio de una maravillosa vida espiritual, porque al orar entras en contacto con el único que puede hacer de ti una nueva criatura.

Dios perdona tus pecados

«Nuestras maldades nos dominan,
pero tú perdonas nuestros pecados»
(Salmo 65: 3, DHH).

Saber que Dios perdona a personas que pecan contra él es una gran noticia que nos ofrece el evangelio. Si vamos al álbum de retratos de Dios que encontramos en la Biblia, este en el que aparece como perdonador es el favorito de millones de creyentes.

Dependiendo de la traducción que leamos, se nos dice que Dios perdona nuestras rebeliones, transgresiones, perversidades, culpas, malas acciones, e iniquidades; es decir, nuestros pecados. ¿Quién no ha necesitado el perdón de Dios? ¿Quién no se ha sentido con derecho a volver a empezar después de haber experimentado el maravilloso perdón divino? El perdón marca la diferencia en nuestra vida.

Nos gusta saber que Dios nos perdona, sin embargo, al mismo tiempo, nos cuesta perdonar a quienes nos ofenden. Es bonito leer en la Biblia que Dios nos perdona, pero no se nos hace tan bonito leer: «Perdónense mutuamente, como Dios los perdonó a ustedes en Cristo» (Efesios 4: 32, DHH). En nuestra naturaleza habita el deseo de venganza y retribución (ojo por ojo, diente por diente), así que cuando alguien nos trata mal, nos ofende o se rebela contra nuestros deseos (o sencillamente se equivoca), pensamos que debe recibir lo que merece. Nuestra primera tendencia no es perdonar, porque para los seres humanos perdonar es antinatural. De hecho, pensamos que perdonar es precisamente lo contrario a lo que hay que hacer con el malo.

La idea de un Dios perdonador nos enseña que Dios habita en santidad, pureza y perfección, por tanto, él no batalla con sentimientos de venganza, ni tampoco siente que lo han maltratado y que es una víctima de la injusticia. Dios no siente el deseo de que a otro le pase lo mismo que le hicieron a él. ¡Estas son realidades tan humanas, tan de pecado, tan de un mundo caído! En el ambiente divino, sin embargo, lo natural es el amor, no la revancha. Por eso, cuando Dios tuvo que enfrentar el problema del pecado, creó el perdón, para poder amar a seres rebeldes.

El perdón no es algo que Dios necesite darnos para librarse de algún trauma o resentimiento; el perdón divino no tiene que ver con debilidad. Dios perdona porque sabe que es algo que necesitamos nosotros, que somos seres en quienes prevalecen la maldad, la transgresión y la rebeldía. El perdón es algo que solo un Dios poderoso y que no es afectado por el pecado puede ofrecer al pecador. El perdón es la victoria del amor sobre la maldad y el pecado.

Dios nos purifica

«Tú, Dios, nos probaste; nos purificaste como se purifica la plata» (Salmo 66: 10).

Nuestro Dios nos purifica. Obviamente, esto significa que no somos puros, pero que existe una forma de que lleguemos a serlo: permitiendo que el poder de Dios obre la purificación en nosotros. Y, como nos podemos ver gracias al texto de hoy, esa obra de purificación hace necesario que seamos probados, así como es probada la plata: «Lo fundiré como se funde la plata», dice el Señor; y así «él invocará mi nombre» (Zacarías 13: 9). ¿Cuándo sabe el orfebre que la plata ha alcanzado el nivel óptimo de pureza? Cuando pasa la prueba de que el orfebre se vea reflejado en el metal. Lo mismo sucede en nuestra relación con Dios: cuando lo reflejamos a él, estamos dando muestras del proceso de purificación que Dios obra en nosotros.

El objetivo de la prueba es la purificación del carácter. Las pruebas no tienen el propósito de entramparnos o derrotarnos, sino de mostrar dónde estamos en el proceso de purificación que Dios está realizando en nosotros. En la escuela, el método que más se usa para saber si alguien puede pasar de grado es una prueba o examen; y aunque el propósito de una escuela no es examinar a los alumnos sino enseñarles, los exámenes evidencian si han logrado el objetivo. Espiritualmente hablando, nuestra vida es una prueba, y «dichoso el hombre que soporta la prueba con fortaleza, porque al salir aprobado recibirá como premio la vida, que es la corona que Dios ha prometido a los que lo aman» (Santiago 1: 12, DHH).

Debemos tener cuidado de no pensar que la prueba solo tiene que ver con cosas negativas que nos suceden, porque eso nos impedirá darnos cuenta de que también estamos siendo probados cuando nos está yendo bien. Dios ha visto necesario que tengamos que pasar por diversas pruebas, de distinta naturaleza, para que, sometida a prueba nuestra fe, mucho más preciosa que la plata, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo (ver 1 Pedro 1: 6-7).

Satanás nos tienta, lo cual quiere decir que su propósito expreso es hacernos caer para destruirnos; Dios nos prueba, lo cual significa que nos está dando oportunidades para refinarnos, con la intención de que obtengamos el premio de la vida. Satanás nos tienta para que fallemos y así reclamarnos como suyos aun en contra de nuestra voluntad; Dios nos prueba no para que quedemos mal, sino para mostrarnos su justicia al tratarnos con gracia y misericordia, luego de haber probado que queremos ser guiados por él.

El Dios que habla

«Dios, habiendo hablado muchas veces
y de muchas maneras en otro tiempo a los padres
por los profetas, en estos últimos días nos ha hablado por el Hijo»
(Hebreos 1: 1-2).

Jehová es un Dios comunicativo. Desde el Jardín del Edén, donde hablaba con nuestros primeros padres; pasando por el padre de la fe, Abraham; y por Moisés, por medio de quien nos fue dada la ley; y a través de todos los profetas, Dios una y otra vez se ha comunicado con la especie humana. Y el medio de comunicación por excelencia que ha usado el Padre es el Hijo.

Actualmente, vivimos en la era de las comunicaciones. La cantidad de medios de comunicación que existen es algo nunca visto. Podemos comunicarnos, desde prácticamente cualquier rincón de la tierra y en un instante, no solo con la voz o con la escritura, sino también con imagen y datos. La persona que no tiene un aparato electrónico para comunicarse en tiempo real está desfasada. Pero en el caso de Dios, la comunicación no es una moda o una etapa en su trato con nosotros. Dios siempre ha sido comunicativo, ha usado distintos medios para lograr esa comunicación y ha estado dispuesto a pagar el más alto precio por mantenerla.

Esta cualidad de Dios significa, en primer lugar, que no estamos solos ni abandonados a nuestra suerte en un mundo destinado a la destrucción. Mientras Dios mantenga su comunicación, nos está diciendo que él nos ve, que sabe de nuestra situación y que no se ha olvidado de nosotros. Si él está tratando de decirnos algo, es porque le importamos. En segundo lugar, significa que tenemos esperanza de un futuro glorioso. Si Dios continúa comunicándose, es evidente que no nos da por perdidos, que no nos ve como seres para los cuales ya no hay esperanza. ¿Quién perdería su tiempo intentando comunicarse con alguien que ya no tiene la posibilidad de responder a esa comunicación o de beneficiarse de ella? Debemos creer que Dios se comunica no solo para decir que está ahí, sino también para decirnos que tenemos esperanza de un futuro mejor.

Aunque el pecado tiene la capacidad de separarnos de Dios, no puede separar a Dios de nosotros. Él siempre ha encontrado una forma de mantenerse cerca. Aun cuando haya tenido que venir y llevar a cabo una misión de rescate, la buena noticia es que lo hizo y lo hará hasta el final. Por eso puedes enfocar el día de hoy sabiendo que no hay pecado que te inhabilite para recibir la gracia de Dios, ni que te impida ir a sus brazos de amor.

Lo que Dios aborrece

***«Jesús les dijo: "Ustedes son los que se hacen pasar por justos delante de la gente, pero Dios conoce sus corazones; pues lo que los hombres tienen por más elevado, Dios lo aborrece»* (Lucas 16: 15, DHH).**

En los tiempos de Jesús, la secta de los fariseos creía y enseñaba que la salvación se ganaba. Por esta razón desarrollaron una religión basada en el desempeño individual y especializada en medir la conducta por medio de una interminable urdimbre de reglamentos que ellos mismos inventaron. En más de una ocasión, Jesús les hizo ver que la verdadera religión no se trataba ni de lo que ellos pensaban de sí mismos ni de lo que pensaran los demás, sino de lo que Dios pensaba de ellos. Por eso el Señor tuvo que denunciar el mal hábito farisaico de hacerse pasar por justos y buenos delante de la gente. Jesús dejó claro que eso es algo espiritualmente peligroso, porque hace dos cosas negativas: 1) que la persona que necesita con urgencia la ayuda divina sienta que no tiene tal necesidad y permanezca indolente mientras va rumbo al precipicio; y 2) que los demás se hagan una idea de la religiosidad de alguien que está completamente lejos de la realidad, y quieran imitarla y equivocarse también.

Creerse buenos y justos o hacerse pasar por tal es propio de personas que, en lo profundo de su corazón, saben que su experiencia espiritual no es lo que debería ser, y por eso necesitan encontrar maneras de proyectar otra imagen. Pero nuestro Dios no quiere que vivamos para dar una apariencia de piedad. Esto sería ridículo, ya que Dios conoce nuestro corazón. «No hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta» (Hebreos 4: 13). Es inútil todo esfuerzo humano por tratar de explicarle a Dios las razones por las que Dios debe considerarlo «bueno»; el Señor puede leer las intenciones del corazón.

Dios es quien prueba nuestros corazones y pesa nuestros espíritus. Él es la última palabra en cuanto a quién vuelve a su casa justificado o no. Nuestros criterios y argumentos para autojustificarnos podrán hacernos sentir bien momentáneamente, pero no tienen relevancia para probar si nuestra experiencia con Dios es genuina. Muchas veces lo que a nosotros nos parece sublime, para Dios es abominación. Entonces, no es lo que digo yo de mí, no es lo que quiero que los demás digan de mí, es lo que dice Dios, porque él y solo él es el justo y el que justifica.

https://vidakristiana.blogspot.com/

Dios está contigo

«No temas ni desmayes, porque Jehová, tu Dios, estará contigo dondequiera que vayas» ***(Josué 1: 9).***

El Dios que conoce nuestro corazón sabe cuánto daño nos causa el temor. Sabe que el miedo nos paraliza, nos impide avanzar, no nos permite creer ni apoyarnos en las promesas divinas. El temor hace que veamos todos los caminos cerrados.

Detrás de muchos errores cometidos se encuentra el temor. Sin duda es por eso que la Palabra de Dios insiste en este mensaje: «No temas, porque yo estoy contigo», «no desmayes, porque yo soy tu Dios» (Isaías 41: 10). Lo interesante de este mensaje divino es que, dondequiera que aparece, va acompañado de la seguridad de la presencia de Dios con nosotros.

La razón que se nos da para no temer no es que todo saldrá bien, no es que nuestras finanzas se arreglarán, nuestra salud mejorará o nuestro matrimonio permanecerá feliz. Lo que Dios nos dice es: «Yo soy tu Dios; siempre estaré contigo, siempre te sustentaré, te acompañaré todos los días de tu vida, hasta el fin del mundo, porque soy tu amparo y fortaleza, tu pronto auxilio en las tribulaciones; soy tu pastor y nada te faltará».

La Biblia muestra cómo los héroes y heroínas de Dios lograron avanzar a pesar de sus temores. Abraham, por ejemplo, tuvo temor de sacrificar a su hijo Isaac, pero confió en el Dios que provee y fue hecho padre de los creyentes. Moisés tenía temor de ir a Egipto a cumplir la misión que el Señor le estaba encomendando, pero confió en el gran Yo soy y guio al pueblo a la libertad. Salomón sentía temor de no saber entrar ni salir, pero confió en el Dios de su padre y recibió de él sabiduría e inteligencia. Isaías sintió temor de haber visto a Dios debido a su maldad, pero confió en el perdón divino y fue hecho profeta de Jehová. María sintió temor de la criatura que estaba en su vientre, pero recibió el mensaje de que había sido escogida, lo creyó y fue la madre del Salvador. El mismo Jesús tuvo miedo de morir en la cruz, pero puso siempre primero la voluntad de su Padre y estuvo dispuesto a pagar el precio de la muerte, que trajo la salvación a toda la raza humana.

Ojalá hoy y siempre podamos decir, como el salmista: «Cuando siento miedo, pongo en ti mi confianza» (Salmo 56: 3, NVI). Porque si así lo hacemos, veremos más a menudo la gloria de Dios obrando en nuestras vidas.

31 de mayo

Dios nos capacita

«A cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para el bien de todos»
(1 Corintios 12: 7).

Hemos sido habilitados para servir a Dios y a los demás. El texto de hoy nos retrata a un Dios que habilita a sus hijos, con el objetivo de que podamos cumplir con el llamado que cada uno, individualmente, recibimos de él. Es interesante notar que esta acción de parte de Dios no es excluyente; «a cada uno», dice el apóstol, lo cual desecha de raíz el argumento de que existen personas a las que el Espíritu no les ha dado capacidades para servir.

Elena G. de White escribió al respecto: «Todos, encumbrados y humildes, ricos y pobres, han sido dotados con talentos por su Maestro; algunos con más, y otros con menos, de acuerdo con sus diversas aptitudes» (*Consejos sobre mayordomía cristiana*, p. 116). «Dios a todos asigna su obra, y espera que le devuelvan de acuerdo a las diversas capacidades a cada uno confiadas. [...] El talento único utilizado en la mejor forma posible Dios lo aceptará» (*ibid.*, p. 117).

Aun cuando existan grados de capacidad para el servicio, esto no debe ser un obstáculo para nuestra disposición a trabajar para Dios. Él espera de nosotros de acuerdo con las capacidades que nos ha confiado. No tenemos que parecernos a otros ni que hacer lo que otros hacen para sentir que estamos haciendo algo para Dios. Lo que se espera de cada uno es que haga lo que tiene que hacer de acuerdo con los dones que haya recibido del Señor.

Nuestro Dios no nos ha creado con desventajas con relación a otros cuando se trata de lograr el propósito de nuestra existencia. Nunca ha salido de las manos de Dios algo que pueda considerarse inservible. El plan de Dios no deja a ninguno de nosotros afuera; con cada uno el Espíritu trabaja, habilitándonos para algún ministerio.

Cuando somos conscientes de lo que Dios nos ha dado y de lo que espera de nosotros, no queda lugar para el egoísmo, para la indiferencia ni para el excesivo amor propio. Tenemos una responsabilidad delante de Dios y de nuestros prójimos, y un día Dios requerirá de nosotros de acuerdo a lo que hemos recibido de él. Esta perspectiva del juicio divino, lejos de aterrarnos, debe ayudarnos a vivir el aquí y el ahora de tal manera que, en aquel día, podamos escuchar las maravillosas palabras que el Señor dirá a los que triunfen: «Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré. Entra en el gozo de tu Señor» (Mateo 25: 21).